

EVOcando AL PINTOR Tuset

El día 1.º de febrero de 1974 fue inaugurada solemnemente, en las salas de exposiciones del Ayuntamiento de Valencia, una cuantiosa y representativa muestra del arte de este pintor valenciano. Constó de ciento catorce obras y fue visitada por un público numerosísimo. Con este motivo, ante la invitación de ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, trazamos estas líneas.

Salvador Tuset Tuset nació en Valencia el 9 de noviembre de 1883, en la calle de la Corona, horno del Tosal, propiedad de su padre, don Francisco Tuset Cot, oriundo, como su madre, doña Vicenta Tuset Aguilar, de Caboriu de la Llosa, en la provincia de Lérida. Le bautizaron en la parroquia de San Miguel Arcángel, al día siguiente, según el uso de la época.

En sus primeros estudios, hechos en las Escuelas Pías, obtuvo, desde muy niño, las más altas calificaciones en lengua española y dibujo. Mas su vocación se centra al ingresar, a los quince años, en la Escuela Superior de Bellas Artes. En 1903 termina brillantemente sus estudios en la misma, habiendo sido sus maestros los ilustres pintores don Gonzalo Salvá, don Pedro Ferrer y don Isidoro Garnelo y el historiador del arte y crítico don Rafael Doménech, quienes le otorgaron las máximas calificaciones, destacando especialmente en Colorido y Composición.

Cumplida la escolaridad oficial en San Carlos, don Joaquín Sorolla le admite como alumno particular, y Tuset se traslada a Madrid para trabajar en el estudio del maestro, donde permanece de 1903 a 1908. Entre Sorolla y Tuset, espíritus llamados a entenderse y aun a compenetrarse, pese a veinte años de diferencia de edad, se forjan estrechos lazos de aprecio y mutua admiración.

El mejor testimonio de esta amistad íntima entre Joaquín Sorolla y Salvador Tuset son las numerosas y extensas cartas del maestro, de su puño y letra, que se conservan en el archivo familiar. Asimismo, en las de María Sorolla, hija del maestro, condiscípula ciertamente en el taller paternal, patriarcal, de don Joaquín.

El escalón siguiente, lógico, en la marcha de Tuset lo constituye la obtención, el 13 de febrero de 1911, tras reñidas oposiciones, de la pensión de pintura del Estado español en la Academia Española de Bellas Artes de Roma, instalada sobre el monte Gianicolo, junto a la iglesia, también de fundación española, de San Pietro in Montorio, la del famoso *tempietto*, obra de Bramante.

Fueron sus compañeros en Roma José Capuz, Tomás Murillo, Peppino Benlliure, Moisés de Huerta, Luis Benedito, Oroz, Fernando Labrada, Bueno y Enrique Pérez Comendador, entre otros, producién-

dose en tan estimulante compañía la más noble emulación juvenil.

Su gran vocación al trabajo la demuestran la cuantiosa labor allí realizada, las alabanzas obtenidas y, en lo anecdótico, que, informándole el director de la Academia, don José Benlliure Gil, de que en las recepciones de la embajada a las que debían asistir los pensionados la etiqueta era el frac, Tuset quiso excusarse diciendo que él, a Roma, «sólo iba a pintar», y Benlliure tuvo que «arrastrarle» al sastré... Le absorbía el trabajo, lo que refleja este párrafo de una carta suya de 1912: «Capuz y yo estamos trabajando como condenados metidos dentro del estudio.»

La formación romana no era suficiente, máxime entonces, en que París era ya la metrópoli del arte moderno, y por ello, en 1913, Tuset viaja a Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda (esto importa mucho), Alemania y Austria. Tuset, en estos desplazamientos, trata de seguir los consejos que le dio Sorolla en una carta de 9 de febrero de 1912, de la cual se transcribe lo siguiente, que contrariaba un poco su retraimiento: «Hay que estar encerrado menos en el estudio y hay que vivir un poco en el mundo y observar mucho todo cuanto te rodee y leer todo cuanto puedas, y dibujar, pintando lo menos posible, por ser cosa inútil para ti por el momento. Me permito decirte estas cosas porque te quiero; un abrazo de tu buen amigo J. Sorolla.»

Con el tiempo y la formación lograda, su vida, siempre tranquila de espíritu, se aquieta, fijando su residencia, para lo que, en 1919, adquiere una villa en Benicalap, a la que dio el nombre de Villa Elvira, en homenaje a su esposa Elvira Rafecas. Constaba la villa de un jardín, patio y vivienda familiar. Posteriormente construyó un magnífico estudio, ampliando la casa y el jardín. Obra muy suya fue ese estudio, proyectado por él y para su arte, en el que produciría las más de sus obras, especialmente esos interiores bañados de luz que, como dijera el Marqués de Lozoya, «son ventanas abiertas de ensueño...», y la faceta no única, pero más personal, de su obra. Allí su pintura se va haciendo cada vez más propia, más suya, con una riqueza cromática maravillosa, una fuerza expresiva palpable y siempre un dominio técnico perfecto.

Siente allí Tuset, en el aire libre del jardín, a la luz rotunda de Valencia, la tentación de hacer escultura, complemento casi vital de su creatividad pictórica, y, con talento evidente, modela cabezas familiares, varios pequeños estudios y piezas de adecuado y sobrio ornamento.

Alternaba Benicalap, cerca de Valencia, entonces menos cerca, con Albarracín, donde desde 1923 pasa los meses estivales con la familia; vacaciones de mon-

taña que aprovecha para solazarse con la nueva luz y los bellos paisajes que le brindan la alta vega del Guadalaviar y la próxima serranía de los Montes Universales. En esos meses de verano Tuset observa a unas mujeres que lavan en el río, las nubes recortadas en el cielo azul, al pastorcillo junto a sus cabras, los trigales dorados por el sol o los montes teñidos por la luz crepuscular, y esa observación se hace forma y color sobre unos pequeños cartones que siempre llevaba consigo en sus paseos y constituyen pequeñas obras maestras.

Seguirá yendo a Albarracín hasta 1942, en que suspende estas estancias por razones de salud. Tuset, ya maestro de pintores, de dibujantes, tenía un concepto muy personal del método a seguir para introducir a sus alumnos en las artes plásticas. En numerosos manuscritos se contienen observaciones destinadas a la formación de sus alumnos, que merecerían todo un capítulo, que algún día debe escribirse. Todos sus discípulos hablan de él con veneración y respeto.

Esta docencia artística, que ya había practicado en la entonces llamada Escuela de Artes y Oficios, sobre todo en su delegación o sucursal de Burjasot, la completa al ser nombrado en 1939 para desempeñar interinamente la cátedra de Colorido y Composición de la Escuela Superior de Bellas Artes de Valencia, vacante por muerte de su maestro don Isidoro Garnelo Fillol, enseñanza que pasa a desempeñar en propiedad en 1943, cuando, por Decreto, y a petición del claustro de profesores de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, debido a sus méritos especiales y relevantes, y tras los informes favorables de la Real Academia de San Fernando, de Madrid; del Consejo Nacional de Educación y de la Dirección General de Bellas Artes, se le nombra catedrático numerario y extraordinario de Colorido y Composición de la citada Escuela de Valencia, distinción especial esta del nombramiento directo, sin oposición, otorgada a muy pocas personas. Como era de esperar, ya anteriormente había sido nombrado académico numerario de la Real de San Carlos, de Valencia, ocupando asimismo la vacante de Isidoro Garnelo, el 21 de mayo de 1940, posesionándose poco después.

El 3 de noviembre de 1944 es designado subdirector de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, de Valencia, y el 14 de mayo de 1946, director de la misma, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida el 28 de marzo de 1951.

Poco después de su muerte, el Ayuntamiento de Valencia le dedicó una calle y un grupo escolar en Benicalap, cerca de su villa-estudio, y el 6 de junio de 1973, el mismo Ayuntamiento y el Colegio Oficial de Profesores de Dibujo le erigieron un monumento —obra de su hija Amparo, que esto escribe, bajo la dirección de su maestro Octavio Vicent— en las alamedas de Serranos, tantas veces cruzadas por él para ir al tren que le llevaba y traía de Benicalap.

Con motivo de esta exposición, Felipe María Ga-

rín escribió lo que sigue y nos complace reproducir: «Comentando un poco la vida y el arte inseparables de Tuset, diremos que el suyo es arte caudaloso y preciso a la vez, muy difícilmente clasificable si escapamos de la tentación, tan fácil e incitante, de tenerle sólo como gran pintor de interiores, especie que cultivó, sin duda, ya se dijo, con especial deleite y la maestría que le era consustancial. Según dicho aspecto, todo encuadramiento es fácil, teniéndole —y no sería poco— como el holandés valenciano, el "Veerner de Benicalap" o el "Terborch o el Metsu" de Villa Elvira...; mas, como siempre, lo fácil y tópico, sobre tener su fundamento real, encubre otros aspectos de la verdad, marginados a la sombra de la frase hecha. Hay que resistir la atracción de explicar un arte, un estilo, una labor personal, sólo los rasgos extraartísticos de la persona sujeto de aquéllos, es decir, por su mero talante humano. Explicar la pintura de Tuset por su perfil humano, su *bonhomie*, es tan cómodo —y refiriéndose a él más admisible— que querer explicar las Vírgenes del Perugino por sus turbios modales y su verbo procaz; la *terribilita* de la obra de Miguel Ángel, por su timidez de introvertido; las innovaciones tenebristas y no sólo tenebristas del Caravaggio, por su arisquez pendenciera, o las exquisitices de Alonso Cano, por su probado malísimo talante.

»Tiene, en cambio, el arte de Tuset tres, al menos —son más—, puntos de arranque y enriquecimiento: su devoción por la escuela valenciana barroca: luz y tinieblas, verismo, poesía de la creatividad, infalible sentido monumental; también sus años romanos de la citada Academia Española, donde convive con algunos de los mejores talentos de su época, como se indicó, y allí mismo recibe, sin gran beneficio, la huella estética moreliana y, con mayor provecho, el eco del modernismo, que invade a Europa en los primeros lustros del siglo.

»Gravitan sobre todo en Tuset, y cuán eficazmente además, el ejemplo de los llamados *pequeños maestros* holandeses que él ve en Amsterdam; el ciclópeo magisterio directo y familiar de Sorolla, y creemos que la influencia, también, de María, la hija del maestro, ya citada, pintora sensible si las ha habido y como un arpa que suena ya con el leve pasar del aire.

»Mas en el sorollismo consciente de Tuset está también el mérito de no hacer lo mismo que Sorolla hacía, sino intuir lo que hubiese hecho en su caso y en su circunstancia el autor de *Sol de la tarde*. Le influye —cómo no— la Valencia morigerada y tradicional del siglo XIX, clásica, pese a tanto aparente barroquismo; clásica, sí, como su mar y su cielo, como una de esas viejas monedas valentinas con el emblema antiguo de la ciudad, y como tanto de la obra más pura y esencial de Sorolla.

»Y, sobre todo, en Tuset influye Tuset mismo, su espíritu y su enorme sentido selectivo, su saber escoger temas, técnica, pinceladas, colores, modelos, amigos, discípulos, lugares, medios de transporte, su

sentido hogareño, su conseguir que el tiempo se detuviese en un silencio impresionante que palpita y casi se oye, su sentido de la estética, ese que Lafuente Ferrari ha llamado "estética de la salvación del individuo": todo se salva en la pintura de Tuset, todo se dignifica, todo escapa de la vulgaridad y del anonimato, todo queda noble y casi canonizado con su paleta, desde el aire hasta los cachivaches del estudio; todo por él y en él alcanza una como eternidad salvífica y deja de ser anécdota para convertirse en categoría.»

Asimismo, antes, con motivo de cierta exposición de Tuset en Madrid, el Marqués de Lozoya escribió:

«Paralelamente a los pintores valencianos que triunfaron en Madrid e hicieron su nombre justamente famoso en España y fuera de ella, vivieron en Valencia, en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del actual, otros artistas que desdeñaron el bullicio cortesano, la lucha por las recompensas oficiales en las exposiciones y por las medallas académicas, los mercados prestigiosos allende las fronteras. Estos pintores no tenían sino una sola ilusión en su vida: pintar bien.»

«A esta estirpe de pintores pertenece don Salva-

dor Tuset. Ha consagrado toda su vida a la perfección de su arte, y la gloria y la fortuna, que suelen ser los compañeros del triunfo artístico, le han importado muy poco. Su estoicismo español le ha hecho valorar justamente la vacuidad de los honores oficiales y poner sus afanes exclusivos en reflejar en el lienzo la luz y el color de su tierra valenciana. Producto de ese afán exclusivo son esos cuadros, nunca de gran tamaño, algunos muy pequeños, que nos dan una visión maravillosa del pequeño mundo que rodea al artista. Bien pinte una figura, una naturaleza muerta o un paisaje, la obra de Tuset es siempre de admirable calidad pictórica. Sus paisajes, en que la fina y viva luz levantina sitúa a las cosas en su ambiente exacto; los retratos, las cabezas de estudio, nos admiran por esa profunda sabiduría del oficio, por esa agudeza de visión que sabe penetrar en todos los secretos del modelo que se presenta ante su vista.»

Creemos suficiente todo lo dicho, por pluma propia y ajena, para evocar al pintor Tuset con motivo de su brillante exposición y en las vísperas del veinticinco aniversario de su muerte.

AMPARO TUSET



Salvador Tuset: «Cosiendo»